

Viendo Garay tan gran inconveniente
Y que la gente toda le faltaba,
Determinó de ir personalmente
A verse con Cortés adonde estaba;
Para que capitán tan escelente,
Hiciese lo que dél se confiaba,
En la restauracion de su caída,
De su reputacion y de su vida.

Resuelto pues en este su desino
De gente de Cortés persuadido,
Puso luego por obra su camino
Donde de todos ellos fué servido;
Y después que llegó do le convino
Con gran magnificencia recibido,
Habláronse los dos, brazos abiertos,
Y trataron de medios y conciertos.

No se tuvo Garay por arripiso
En los comedimientos desta vista,
Trató su causa con gentil aviso
Dando la relacion de su conquista;
Y así vino Cortés en cuanto quiso
Sin que ninguna cosa le resistia;
Mas porque la amistad fuese mas firme
Quieren que parentesco la confirme.

Pues como por los dos se desease
El parentesco fué por esta via,
Que el hijo de Garay se desposase
Con una hija que Cortés tenia;
Y el Cortés proveyese y ayudase
A la jornada que Garay hacia,
Dándole todo buen aviamiento
De gentes, de pertrechos y sustento.

Dados á sus negocios estos fines
Al son de suavísimo concierto
De trompas, chirimías y clarines,
Pregoneros de tal contentamiento,
Fuéronse los dos juntos á maitines
En la noche del santo Nacimiento,
Do con suaves músicas sonoras
Oyeron ambos las divinas horas.

El oficio divino concluido,
Volviendo con un aire destemplado,
El Garay se sintió muy mal herido
De pesado dolor en el costado;
Y aunque fué de doctores socorrido,
Acabóle la vida y el cuidado
Dentro de quince dias de intervalo,
Después que del dolor se sintió malo.

Fué hombre de gentiles proporciones,
Apacible, discreto y generoso,
De nobles y de sanas intenciones,
Mas de grandes empresas cudioioso:
Amigo de guerreros escuadrones,
Enemigo muy grande de reposo;
Dejó hijos é hijas principales
Aunque menoscabados sus caudales.

Murió como cristiano diligente,
Con gran preparacion de testamento,
Sintió Cortés su muerte grandemente,
Y en todos fué comun el sentimiento;
Con pompa y en lugar muy eminente
Solenizaron el enterramiento;
Hicieron muchas letras á su muerte,
Y una dellas decia desta suerte:

*Prospidis hoc busto requiescunt ossa Garay,
Qui sine prosidio prosidit major erat,
Cortesi numen dum dives vincere certat,
Pauper in hospitio lumine cassus abest.*

Aquí yace sepultado
Garay, capitán bastante,
Que con ser adelantado,
No llegó tan adelante
Cuanto llegó su dñado;

Teniendo vida segura,
Por vencer la gran ventura
De Cortés, varón divino,
Murió pobre peregrino,
Y en ajena sepultura.

ELEGIA IX.

A la muerte de DIEGO DE ORDÁS, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el rio de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.

CANTO PRIMERO.

Aunque parezca seco despidiente
No proceder aquí mas adelante,
Determino volver mas al oriente
De Paria y á la tierra circunstante,
Para tratar de Ordás y de su gente,
De quien pretendo dar razon bastante,
Pues del honor mas alto de los buenos
Al Ordás se le debe nada menos.

En Castroverde fueron sus natales
Del reino de Leon, y en Nueva-España
Fué de los capitanes principales
El de mayor valor y mejor maña;
En las islas sus hechos fueron tales,
Que cada cual se vende por hazaña,
Y así Cortés por su merecimiento
Le dió grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte,
No menos honorosa que crecida,
Y á pretensiones otras se convierte,
Que fué cierta region muy estendida:
Causa para morir angosta muerte,
Cuando pudo gozar mas ancha vida;
Y para se mover á la carrera,
El negocio pasó desta manera:

Habia dado largas relaciones
El ambicion, que todo lo revela,
De las engrandecidas poblaciones
De Paria hasta el mar de Venezuela;
Y no fueron mentiras ni ficiones,
Ni saborillos vanos de novela,
A hallar el Ordás la tierra sana,
O comenzara por Maracapana.

Porque Cubagua, muy mas estendida
De lo que por justicia se le daba,
Tenia mucha tierra destruida,
Con cantidad de esclavos que sacaba;
Y con cautelas era defendida
Cualquiera poblacion que se intentaba,
Por no perder aquel vicioso pasto
Con que hacian sustitioso fausto.

Fué reino de grandísima sustancia,
Y señores en él de gran estado,
Fertilidad, hartura y abundancia
De pan, de frutas, carnes y pescado;
Y con ser tan inmensa la distancia,
Paso no se hallaba despoblado,
Potentes pueblos al primer encuentro,
Potentísimos mas la tierra dentro.

Esta tierra de próspera templanza,
Que frio ni calor no causan lloro,
Por pueblo, por camino, por labranza,
Pocos indios pudieras ver sin oro;
No mudan en los trajes el usanza,
Pues sola desnudez es el decoro;
Mujeres cubren partes vergonzosas,
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,
Es por la mayor parte bien dispuesta,
De muy bien amasadas proporciones,
Con cierta gallardía no mal puesta:
Diestros en sus guerreros escuadrones,
Para su defension la mano presta,
El regulado tiro siempre lleno
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,
Y de palma tostada larga janca,
Que suelen menear de buena gana,
No sin golpe mortal de quien alcanza:
Comen algunos destos carne humana
Por via de pasion y de venganza,
Y aquesta crudelísima comida
Es fuera de sus casas escondida.

No la quieren comer en parte rasa,
Sino donde la gente menos pisa,
Las ollas nunca mas entran en casa,
Ni vaso ni cazuela do se guisa;
No se come, sacada de la brasa,
Con grita, regocijo, ni con risa,
Antes parece tal mantenimiento
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordás por larga lista
Cumplidas y bastantes relaciones
Desta costa, por hombres que de vista
Conocieron aquellas poblaciones,
Pidió con gran instancia la conquista,
Y diéronsele della provisiones,
Gobierno de grandísimo partido,
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como este
Le dieron por la costa, recta via,
Ciento cincuenta leguas leste, ueste,
Y norte, sur, que fué la travesía:
De mil soldados buenos formó hueste
Con gente principal de Andalucía;
Aderezaron grandes galeones,
Matalotaje y otras municiones.

Nombró por general á Joan Cortejo,
Su maestro de campo fué Herrera,
Cada cual de los dos amigo viejo,
Que en Méjico siguieron su bandera;
Entraron capitanes en consejo
Para la prevencion de su carrera,
Nombró también con otros oficiales
Por alcalde mayor á Gil Gonzalez.

Vino también con este caballero,
Pudiendo sosegar con buena renta,
Jerónimo de Ortal por tesorero,
De quien daré también mas larga cuenta,
Como quien bien lo conoció primero;
Vivió después en vida descontenta,
El cual sucedió siendo mozo tierno
Al don-Diego de Ordás en el gobiernó.

Dispuesta toda cosa necesaria
Y preparado bien cada navio,
Hicieron su camino acia Paria,
Principio deste nuevo señorio;
Surgieron en las islas de Canaria
Para tomar allí mejor avio,
Besaron al Ordás luego las manos
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales,
De próspero caudal y rico traje;
Al Ordás ofrecieron sus caudales,
Sirviéndole con buen matalotaje;
Y con doscientos hombres naturales
Prometieron de ir aquel viaje;
El Ordás acudió con mil ofertas
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando
Por el orden que menos les convino,
El don Diego de Ordás fué navegando
A la parte do lleva su desino:
Prometiéndole de illos esperando
Por puertos y bahías del camino;
Y así para cumplir con su promesa,
A su navegacion dió poca priesa.

Mas pareciendo ya mucha tartananza,
Por evitar algunos desavios,
Del rio Marañon hizo mudanza,
Y atravesó con todos los navios:
Algunas veces con desconfianza
De poder escapar de mil bajos,
Con calmas y grandísimas corrientes,
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordás escapó con buen consejo,
Y fué donde llevaba los intentos,
Mas no pudo salir el Joan Cortejo
Con otros que pasaban de trescientos,
Sin remedio, recurso, ni aparejo
Para seguir por mar sus movimientos,
Salvo los principales coroneles,
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos á la tierra naufragaron,
Sin dalles sinsabor reventaciones,
Y así dicen que todos escaparon,
Y entraron por jamas vistas regiones,
Hasta que descubrieron y toparon
Grandes y poderosas poblaciones,
Adonde se huyeron y han valido,
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendian por muy cierta
Muchos que yo traté y he conocido;
Mas es una ficion clara y abierta,
Y cuento para mí desvanecido;
Pues si tal gente ya no fuera muerta
Hubieran á mil partes respondido;
Así que no sera juicio ciego
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada,
O muerta por el indio mas vecino,
Ordás, continuando su jornada
Con piloto que tuvo mejor tino,
Llegó con el restante del armada
A Paria, do llevaba su camino,
Donde Antonio Sedeño ya tenia
Soldados con algun artillería.

Habia hecho cierta fortaleza,
Do quedó Joan Gonzalez con la gente,
Y para revolver con mas grandeza
En Boriquén estaba de presente;
Mas el Ordás con toda su dobleza
Tomó las municiones al ausente,
Y aun intentó matar al Joan Gonzalez;
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados,
Que prometieron ir tras el armada,
Procuraban venir bien aviados
Para mejor servir en la jornada:
Hicieron luego copia de soldado,
Isleña gente, suelta, bien granada,
Que en peligros ocultos y patentes
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida
Tenian dos fornidas carabelas;
Mas mucho recelaban la salida,
Teniéndolas por algo pequeñuelas;
Y estando ya los Silvas de partida
Vieron un galeon á todas velas,
Hermoso, bien fornido, grande, fuerte,
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venia,
Y dentro dél fué surto y anclado,
Con mucho lienzo, paño, mercadería,
De muchas cosas otras pertrechado;
Pues el Gaspar de Silva, que queria
Llevar en su viaje buen recado,
Determinó tomar, por selle bueno,
Aquello que sabia ser ajeno.

Habló con el maestro, que hacia
Haciéndole creer torres de viento,
El portugués ladron que lo creía
Al delito prestó consentimiento;
Dejó las carabelas que tenia,
Y á él pasó las gentes y alimento,
El señor dél, quejoso y agraviado,
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños
Al tiempo que su gente se despacha,
Culpáronlo, demás destos engaños,
Del rapto de Isabel, linda muchacha;
La cual yo vi morir ha pocos años
En el pueblo del Rio de la Hacha,
Casada ya con hijos y con nietos,
Que están ayunos hoy destos secretos.

Apercebidos pues por la manera
Que sus crueles hados señalaban,
Prosiguieron los Silvas su carrera
Con los doscientos hombres que llevaban;
Vieron el Marañon y su ribera,
Mas no vieron los males que esperaban,
Y como ya llevaban aparejo,
Allí hicieron un bergantinejo.

Como por orden esto se pusiese,
Y municion en él algo sumaria,
Al galeon mandaron que se fuese
Luego por alta mar vuelta de Paria;
Y que Gaspar de Silva recorriese
La costa con la gente necesaria,
Porque por algun seno y anconada
No quedase la gente del armada.

Van en el galeon por principales
Un Francisco Morillo y un Briones,
Bartolomé Gonzalez, Joan Gonzalez,
Hermanos del que va por los ancones:
Entre estos, como no fueron parciales,
Hubo ciertas revueltas y pasiones,
Y con el sinsabor que voy diciendo
Iban el mal viaje prosiguiendo.

Con continuacion de su jornada
Fuera de toda buena coyuntura,
Llegóseles la hora deseada,
Deseo de su cierta sepultura;
Porque vieron las naos y el armada
Donde no les darán arma segura:
Hacen la salva de una y otra suerte,
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones
A Gil Gonzalez de Avila noticia
De todas las pasadas sinrazones,
El robo, la violencia, la malicia;
El cual mandó hacer informaciones,
Prosiguiendo la causa por justicia:
Resultaron al fin de los procesos
Delitos de grandísimos escesos.

Degollaron aquestos dos hermanos
Con voz de pregonero que resuena
Culpas y fealdades de tiranos,
De que se recibió crecida pena;
Y por fautor de hechos inhumanos
Al piloto colgaron del entena;
Quedó también á muerte condenado
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,
Haciendo prolijísimo rodeo,
Su desastrada muerte deseando,
Sin saber ser aquese su deseo.
¡Oh cuántos deseaban deste bando
Podelle dar noticia del torneo!
Mas por ninguna via fué posible
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía
De ver la flota muy regocijados,
Fué dia de San Joan aquese dia,
Remate de sus dias mal gastados,
Año de treinta y uno que corría
Sobre mil y quinientos ya pasados,
El viene con placer soltando tiros,
Y acá lo solenizan con suspiros.

Bien como caminante congojado
Que cercano se ve de su reposo,
E yendo para él regocijado
Con un vivo fervor y presuroso,
Lo ve por todas partes ocupado
De mortal enemigo y odioso,
Y el gusto de la cama y de la cena
Fué hambre, cepe, grillos y cadena;

El desdichado mozo que ya cuento,
Bien por este nivel y desta suerte,
No ve sino señal de descontento
Do quiera y á do quier que se convierte:
Halló dura prision, halló tormento,
Halló temor, dolor y cruel muerte.
¡Cuántos suspiros, lágrimas, sollozos
Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura
Dia del gran Bautista soberano,
Admiróse de ver tanta tristura,
Y no ver por allí ningun hermano:
Reconoció su grande desventura
Desde con gran rigor le ponen mano,
Hácenlo confesar, y en poca pieza
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas
Se herian los pechos y los cuellos,
Costanza de Leon tiene desechas
Mejillas y estragados los cabellos:
Haciendo mas patentes las sospechas
De carnal amistad con uno dellos:
Enterrólo clamor que rompe el aire
En la isla que llaman Perataire.

Conclusos estos tristes funerales,
Ordás con tal rigor cual os enseño
Deseaba matar á Joan Gonzalez,
Alcaide de la fuerza de Sedeño,
Mas por mano de indios naturales,
Porque el delito no tuviese dueño:
Mandólo pues llamar en continente,
Y dicen que le dijo lo siguiente:

«Yo, señor Joan Gonzalez, tengo gana
De saber por entero la pujanza
De la tierra que dicen de Guayana,
Sus sitios, poblaciones y templanza;
Y por no me fiar de gente vana
Quiero hacer de vos la confianza:
Es menester que hoy en este dia
Os partais solo con alguna guia.

» Porque do muchos van hacen ruído,
Que no comportará gente guerrera;
Un hombre solo menos es temido,
Y puede bien pasar por donde quiera,
Mayormente quien es tan conocido
Y amado como vos desta frontera;
Y visto bien lo que la tierra tiene
Verneis, é yo haré lo que conviene.»

Estos mandatos duros y tiranos
El Joan Gonzalez bien los entendia,
Pero por escaparse de sus manos
Luego le respondió que le placia:
Conociendo por menos inhumanos
Los indios que su mala compañía;
Al fin partió con ciertos naturales
Que le fueron fiéles y leales.

Pero quieren decir que el desconcierto
Y orden de cautela semejante
Fué después de salidos deste puerto,
E ir por Uyapar mas adelante.
En un pueblo, Carao; y es lo cierto,
Segun tenemos relacion bastante
Hecha del capitán Joan de Avendaño,
Que siempre fué testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,
Por ser estos intentos muy ruines,
Ordás mandó hacer la gente presta,
El galeon, la fusta, bergantines,
Y con pregones muchos manifiesta
Entrar por Uyapar y sus confines,
Rio potente, mas de fruto poco,
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente
De todas armas bien aderezada:
Quedó por capitán y por tiniente,
Por ser persona bien acreditada,
Martin Yañez Tafur, que es de presente
Vecino deste reino de Granada,
El cual gobernó bien la gente nueva
Y dió de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo
A Domingo Velazquez el mañoso,
Entre los de Cubagua muy antiguo:
Insigne capitán y valeroso,
A quien yo tuve siempre por amigo
Gozando ya de paz y de reposo;
Llevó también para que fuese guia
Un indio que Taguato se decia,

Capitán arúaca señalado
Y por aquellas tierras peregrino,
El cual pareció bien haber entrado
Mas de quinientas leguas de camino:
Indio valiente, diestro y avisado,
De muy buena razon, poco ladino,
Mas Domingo Velazquez entendia
La mayor parte de lo que decia.

Son arúacas de valientes manos,
Tiene su tierra nobles influencias,
Y son todos amigos de cristianos,
Con buenas obras, gratas aparencias:
Con caribes crueles, inhumanos,
Tienen cotidianas competencias,
Y cuando con mayor fuerza se muerden,
Los arúacas pocas veces pierden.

Con esta prevencion y buen avío,
El Ordás con su gente castellana
Entraron por aquel potente rio
Forzados unos y otros muy de gana:
Por él á remos va cualquier navío,
Atoas, la gran nao capitana,
Llevando siempre cable sobre cable,
Trabajo de rigor intolerable.

Y así por trabajar en travesías
Perecian los hombres por momentos,
Tanto que en breve número de dias
Al rio fueron mas de cuatrocientos;
Y cuanto mas crecian las porfias
Tanto mas descrecian alimentos,
Murciélagos, mosquitos y otras plagas
Los infestaban con crueles llagas.

Malos y encarcerados embañados
Ocupaban cualquiera mordedura,
En los piés, en las piernas, manos, brazos
Viérades lamentable desventura:
Caíanse los miembros á pedazos
No podia hallar médico cura;
Y con ser el volver tan importante,
Procuraron de ir siempre delante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,
Eran los tiempos ya tempestuosos,
Anegados los campos y zavasas,
Los esteros venian rigurosos:
A las tardes y noches y mañanas
Los empapaban nimbos procelosos,
Y con estas congojas y pasiones
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fué de gran gentío,
Que sobre las barrancas iba puesto,
Del cacique Uyapari señorío,
En las calles y plazas bien digesto,
Y de donde nombraron este rio
Los españoles que hallaron esto,
Del cual fueron entonces recibidos
Y razonablemente proveídos.

Aquí, por ser lugar mas conviniente,
El que tenia cargo del gobierno
Determinó de reformar la gente
Hasta pasar las furias del invierno;
Y aun porque se sentia mal doliente
El viejo baquiario y el moderno,
Anclaron arriba muy lejana
Aquella grande nao capitana.

Cuando se padecian estos males
Y plagas por la gente castellana,
Andaba peregrino Joan Gonzalez
Por aquellas provincias de Guayana,
Donde todos los indios naturales
Lo recibieron muy de buena gana,
Con caricias, regalos, beneficios,
Con dádivas, presentes y servicios.

Regalado se ve: mas todavía
Con santos y católicos respetos
Consideró que no le convenia
Estar entre salvajes indiscretos:
Ajenos de cristiana policía
A cultos diabólicos sujetos;
Y aunque no se libraba de sus manos,
Quería mas morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida
Con todo lo demás que determina,
Y fué su voluntad obedecida
No menos que si fuera la divina:
Siguiéronlo con copia de comida
Hasta ver la mas gente peregrina,
Por esteros, lagunas y otras aguas
Con copia de canoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta
De lo seguir por ser hombre bien quisto,
De la suerte que ya se representa
A su navegacion se hizo listo,
En busca del Ordás por dalle cuenta
De lo que le mandó y habia visto;
Fueron pues por el rio su jornada
Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas dé repente
Y en ellas el gentío bien armado,
Mandó Diego de Ordás incontinentemente
Que todos se pusiesen á recado:
Maravillóse luego grandemente
Después que Joan Gonzalez fué llegado,
Porque por ser rigor tan escetivo
Ningun hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con grandísimas razones,
Y el Joan Gonzalez dió de su jornada,
Verdaderas y ciertas relaciones
De tierra que halló bien asombrada:
En ella poderosas poblaciones
Y cuanto mas adentro mas poblada;
Y aunque la relacion no fué liviana,
El Ordás la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condeno
Ni aun sienta della mal el baquiario,
Pues en tan larga tierra y ancho seno
(Eso me da de sierra que de llano)
Debe de haber algun pedazo bueno
Que hasta nuestros tiempos está sano,
Por ser entrada larga, trabajosa,
Y en sus primeros limites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes
Siguiéron la demanda como cierta,
Y por muertes, desgracias y desmanes
Casi que se volvieron de la puerta:
Felipe de Utén por los alemanes
Trabajó por hacella descubierta,
Jerónimo de Ortal, después Sedeño,
Y Orellana contó cosas de sueño.

Después Jimenez, capitán preciado
Hizo desde este reino la jornada,
Hermano del señor adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada
El cual agora vino del Dorado,
Que es la misma demanda señalada,
Perdidas sus haciendas y caudales
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pio
El heredero de su testamento,
Y sucesor Antonio de Berrio
En sus haciendas y repartimiento;
El cual con discrecion y buen avío
Quiere seguir aquel descubrimiento,
Y cierto su valor nos asegura
Que tiene de dar fin á la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,
Que sirven hoy á nuestras compañías
Y tratan y contratan en los llanos
Con sus acostumbradas granjerías,
Refrescan las potencias á cristianos
Que dellos determinan hacer guías,
Llevando las derrotas diferentes
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se darán mejor recado
Por ser de mas aviso proveídos,
A causa de llover sobre mojado
Con negocios atrás acontecidos:
En muchos que buscando su Dorado
Quedaron asolados y perdidos,
Y del perder algunos en un hecho
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsúa, capitán tan excelente
Cuanto pudieron ser los mas cabales,
A quien los que vivimos de presente
Debemos alabanzas inmortales,
Y de quien trataré mas largamente,
Celebrando sus tristes funerales,
Por el orden que de presente llevo;
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,
Que de la Margarita se desvia,
Y en ir á la Guayana se señala
Con flota de arúacas que lo guía;
Y dijo que no vido tierra mala,
Antes tal que riqueza prometia:
Fué, cuando tal motivo lo desvela,
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su destino
En vano parecer determinado,
Para volverse por aquel camino
Al Pirú de do vino desterrado:
E yo le respondí ser desatino
Jamás oído, visto, ni pensado;
Mas el fué todavía donde digo
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,
Vió pueblos con asentidos muy amenos,
Descubria caminos y calzadas,
Las cuales prometían anchos senos:
Trajo joyas de oro rescatadas,
Aguilas y cemies harto buenos,
Ciertos tiros de bronce que hallaron
Adonde los Ordases invernaron.

Como buenos dineros importasen,
Y falta de los tales necesita,
Para que mas al rio los llegasen
Ayala con caricias los incita;
Y hizo que en piraguas los llevasen
Aquestos indios á la Margarita,
Do procuró tomallos el tiniente,
Mas defendiólos valerosamente.

A la Española fué la mercancia
Y él, algo levantado de la rueda,
Adonde por entonces presidia
El inclito Joan Lopez de Cepeda:
Dió cuenta de la tierra do venia
Como quien por ninguno se le veda,
Informó los señores del audiencia
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones
Ordenadas por ley de buen amigo
Para poder entrar estas regiones,
Ansimismo llevar gente consigo;
Vendió las sobredichas municiones,
Las joyas y preseas que ya digo,
Compró muchas camisas y bonetes,
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas
O motivos de grande disparate;
Liadas y compuestas las petacas
Donde llevaba todo su rescate,
Volvió con otra flota de arúacas
Con solos doce hombres de alpargate;
Seria por el año de sesenta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados á Guayana, van entrando
Mas de lo que amistad les asegura,
Muchas preseas de oro rescatando
Con algunos resabios de soltura;
Mataron al Ayala y á su bando
Concluyendo balanzas y locura,
Sin dejar á ninguno con resuello
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fué remoto
Serpa, que tentó ir esta jornada,
Pues luego lo mató Gumanagoto
Antes que comenzasen el entrada;
El ejército suyo quedó roto,
Y hizo Serpa tanto como nada;
El oficial será siempre confuso
Usando cosas fuera de su uso.

Tenia Serpa términos honrados,
Aparencias y buenos ademanes,
Pero los que jamás fueron soldados
Dudo poder ser buenos capitanes:
No son aquellos indios descuidados,
Ni temen los caudillos haraganes;
Ya yo los conocí soldado pobre,
Y sé muy bien cuán bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,
A título de ir este camino,
Con su hijo don Joan, que donde quiera
De crecidos honores era dino;
Mas al principio de la tal carrera
Y deste nuevo reino muy vecino,
Mataron fuertes indios al buen viejo
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines
Con el poco posible que le vemos;
Pero nunca salió de los confines
De tierra que palpamos y tenemos;
Y así pobló los indios matachines.
Que deste reino son los mas extremos,
De manera que nunca fué bastante
Para poder pasar mas adelante.

Volver á la demanda de presente
Por el Cáceres dicho se procura,
Y él y el dicho Berrio hacen gente
En un tiempo, sazón y coyuntura:
Cada cual de los dos es pretendiente
De poder acabar esta ventura;
Guias llevan y muy buenos arreos:
¡Dios les dé cumplimiento de deseo!

Siguió Pedro de Silva la recuesta,
De la cual por aquí volvió perdido,
Con su poquilla gente descompuesta,
Y dicen nuevamente ser venido,
Y entrar por Uyapar, donde me resta
Volver al buen Ordás, que detenido
Dejamos con las aguas del invierno
En la parte que dice mi cuaderno:

Donde después que vino Joan Gonzalez,
Y percibieron bien lo que decia,
Todos aquellos hombres principales
Deseaban seguir aquella via,
Los motivos de Ordás no fueron tales,
Y así les respondió que no queria
Sino subir el rio con esceso,
Y agora contaremos el suceso.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyapar arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que mas aconteció hasta su muerte.

Mal pueden caminar siempre seguras
Las muy precipitadas opiniones:
El que deja la luz por ir á oscuras
No se espante que halle tropezones;
Pues suelen semejantes aventuras
Engañar los humanos corazones:
No siempre hizo lance venturoso
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fué de tanto desatino
Ordás en los ya dichos menesteres,
Pues se precipitaba de continuo
En sus buenos ó malos pareceres;
Y mas en proseguir aquel camino
Fuera de cuanto puede dar placeres,
Antes las intenciones en que estriba
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los rios
La mano del invierno mas liviana,
Al tiempo que hacia ya desvíos
El agua del convés de la zavana,
Donde nadaban los demás navios,
En seco se quedó la capitana:
Fuera del Uyapar y circunstancia
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,
A la madre se llegan descontentos;
Y para proseguir su mal viaje
Sonaron rigurosos mandamientos;
Partieron sin tener matalotaje
A tierra toda falta de alimentos;
Gil Gonzalez quedó con los tullidos
En aquestos asentidos referidos.

Sacó del pueblo grande que se cuenta,
En la fusta mayor y bergantines,
Españoles doscientos y setenta,
Cuarenta lijerisimos rocines:
Tomó pues con su gente macilenta
Del pueblo de Carao los confines,
El cual distaba del potente rio
Una pequeña legua de desvío.

Alli se reformaron los soldados,
Y tuvieron un poco de reposo,
Y después de los dos meses pasados
Volvieron al viaje trabajoso:
Costeando prolijos despoblados
Sin muestra de refugio virtuoso,
Sino pocos y viles pescadores
Que de ningún buen pueblo son cultores.

Gaiqueries y algunos guamonteyes,
Morenos, altos, buena compostura,
Sujetos á ningún modo de leyes,
Sin labranza, crianza ni cultura,
Suelen tener sus príncipes y reyes,
No para dalles vida mas segura;
Pescas y cazas son sus alimentos,
Y raices de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida mas continua,
A un ajo redondo se compara,
De que también la gente peregrina
En sus necesidades se repara:
Ansimismo provee de harina
Otra raíz que llaman caracara,
La cual muelen en cueros de venados
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,
Y toda su vivienda tan sin maña,
Que si comida piden los cristianos
Al tiempo que la hambre mas los daña,
Mostrando de maíz algunos granos
Los huelen como cosa muy estraña;
Ninguno dellos cultivó ribera,
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,
No rancho por sus manos fabricado,
Sino ciertos toldillos de tomiza;
Su cama es un cuero de venado
Gastado de arrastrar por la ceniza;
Defiende cada cual varonilmente
A su mujer, su hijo, su pariente.

Anduve yo también por estos puestos
En tiempo y en edad mas vigorosa,
Aunque no por adonde fueron estos,
Sino por parte menos trabajosa:
Son amplisimos campos mal compuestos
De poca gente, y esa monstruosa;
Rios que de su curso se despegan
Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,
Y las inundaciones y crecientes,
Inmensa suma es la del pescado
De géneros y modos diferentes,
En ciénegas, en charco represado,
En los manantiales y corrientes,
El cual, de mas de ser tan copioso,
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas,
Guabinas, armadillos, peje sano:
Si se secan algunas ceneguetas
Con los calores grandes del verano,
Acontece sacar entre las grietas
El indio cuanto quiere y el cristiano,
Hacen harina del cuando se seca,
Sacan mil calabazos de manteca.

Hay también por aquestos despoblados
Y campos tan inmensos y vacios
Cantidad infinita de venados,
Los cuales son de dos ó tres natios:
Dantas y puercos tan multiplicados,
Que cubren las riberas de los rios;
Hay tigres, osos, onzas y leones,
Cebados en aquestas ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estulos
Y de puerco la forma y ademanes;
Inmensa cantidad de cocodrilos,
A quien todos aca llaman caimanes;
Cuya ferocidad y bravos filos
Son causa de grandisimos desmanes,
Pues suelen devorar estas serpientes
Crecidísimo número de gentes.

Perseverando pues en sus porfias,
Ordás por Uyapar contra corriente,
Por sus riberas fué cincuenta dias,
Sin que pudiese ver cosa viviente;
Muy fatigadas ya sus compañías
Por no tener comida suficiente,
Hacia sus entradas por los lados;
Pero todos los via despoblados.

E yendo caminando con el pio
De ver do rehacer la gente flaca,
La boca descubrió de cierto rio,
Bien frecuentada ya del arúaca:
Y así diz que le dijo: «señor mio,
Este rio se llama Caranaca,
Si por aquí hicieres tu corrida,
Yo sé que hallarás gente vestida.
Hallarás estendidas poblaciones
Con toda la grandeza que deseas:
Oro, piedras preciosas, ricos dones,
Muy lucidos ropajes y preseas;
Sus ejercicios son contrataciones,
Así ciudades como las aldeas;
Es gran provincia, próspera, pujante,
De sal y bastimentos abundante.»

En nada destas cosas que decimos
Quiso Diego de Ordás creer la guía,
Y los hombres antiguos que vivimos
Juzgamos por ventura que decia
Por este reino donde residimos,
Cuya fama muy largo se estendia,
Si acaso no contiene tan gran seno
Algun otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,
Y el espacio y lugar tan estendido,
Que será como dar al Oceano
Un término que fuese recogido;
Y así podría ser á cualquier mano
Otro mejor quedarnos escondido;
Pues, como tengo ya relacion hecha,
No deja de dudar esta sospécha.

Y en la postrera y última jornada
Que hizo por los llanos desta tierra
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
No sobrándole ya gente de guerra,
Vió por medio del llano prolongada
Con prolijos estremos una sierra,
Do mandó ir al capitán Soletto,
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya mas que terrible,
Se volvió desde el pie donde nacia,
Por no parecer cosa conveniente
Meter la gente donde no sabia;
Mas á mi parecer es imposible
Aquella sierra tal estar vacia;
He yo comunicado con varones,
Que no están fuera destas opiniones.

Así que, no de balde le decia
Al Ordás el Taguato que siguiera
El rio Caranaca, do se via
Mejor disposición en la ribera;
Mas él no quiso por ninguna via,
Sino continuar otra carrera;
Y de perseverar en su costumbre
El indio recibia pesadumbre.

Y así, por divertir su fantasía,
Como quien lo tenia bien corrido,
Bumbun temeretopo le decia,
Señalando de piedras gran ruido:
El bárbaro vocablo se entendia,
El propósito fué mal entendido,
Pues allí cada cual interpretaba
Segun aquel deseo que llevaba.

Porque decían muchos chapetones,
O señores, que dijo Taguato
Del gran ruido de las fundiciones,
La fuerza y el concurso del contrato:
Con las piedras martillan argollones,
Los golpes dellas suenan grande rato;
Es tal en labrar oro la porfia,
Que suena como grande herrería.

Mas Domingo Velazquez, que notaba
Lo que la guía dijo por entero,
Como sabio varón adivinaba
Cuál había de ser el paradero;
Y por no dar pasión disimulaba,
No con simulación de lisonjero,
Sino porque cumplía de presente
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,
No menos de salud que provisiones,
Vinieron a topár con cierto salto
De peñascos y grandes farallones;
Do caían las aguas de mas alto,
Y el ruido causaba confusiones,
Allí se conoció menos prolijo
Aquel Bambune que Taguato dijo.

Porque la duda del quedó bien suelta,
Cerca de no les dar las aguas uso,
Y la navegacion toda resuelta
En se hallar Ordás allí recluso:
Al fin determinó de dar la vuelta,
No menos perdidoso que confuso,
Y en breve tiempo, desde los raudales,
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,
La poca gente viva mal dispuesta;
De los amargos, aunque dulces puertos,
Procuró de sacar la que le resta;
Y para los salados mas abiertos
Con toda brevedad se hizo presta;
Y desde entonces, visto que cumplía,
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos
Hallar alguna tierra grandiosa,
Adonde podáis dar repartimientos
Que sean de grandeza generosa;
Yo sé, señor, tan inclitos asentamientos,
Que con razón direis ser buena cosa,
Donde podeis fundar pueblos potentes,
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco
De prepotentes pueblos y lugares,
Desde la Trinidad a Cariaco,
Ni desde Cumaná hasta Tagares:
Chichiriviche, valle mas opaco,
Guantar, Maracapaná con sus mares,
Y Neverí, Caycarantal, Atamo,
Provincia cada cual digna de amo.

» Hay Chacopate, hay Cumanagoto,
Piritú, las riberas del Unare,
Pues la fertilidad de Paragoto
Fáltame copia con que la declare:
Potente poblacion de Cherigoto,
Con todo lo que dicen Mompíare;
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,
Y aquella gran potencia de señores.

» El feroz y terrible Turperamo,
Y el invencible siempre Barutaima:
El gran Guaramental, el Guayacamo,
Canima, Guaigoto, con Pariaima:
Gotoguaney, Perina, Periamo,
Querequerepe, Canaruma, Guaima,
Sin otros muchos desta circunstancia,
Con cercas de grandísima distancia.

» Aquestos dichos fuertes ó cercados
Tienen señeros para su defensa,
De grosísimos árboles plantados,
Donde la verde rama se condensa:
Unos después de otros ordenados,
Con mas vigor de lo que nadie piensa,
Pues aquel gran grosor que lleva hecho
Tiene de duracion prolijo trecho.

» Otros palenques hay mas estendidos
En muchos destos campos y zavasas,
No de plantas de árboles nacidos,
Como las otras cercas mas ancianas;
Sino de palos muy fortalecidos,
Y cada cual con dos ó tres andanas,
Con las cintas espesas de bejucos,
O corréosas yedras de arcabucos.

» Tienen las mas insignes poblaciones
En unas mesas llanas asentadas,
Debajo de los macos, ó mamones,
Plantados por hileras ordenadas,
Arboles de hermosas proporciones,
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;
Su vista da grandísimo contento,
Y el fruto dellos es de gran sustento.

» Por montes, por zavasas, por oteros,
Do quiera que sus pasos hombre guía,
Hierva la gente como hormigueros,
Tanto que no vereis cosa vacía:
Gentiles pescas, grandes cazaderos;
Tierra de bendición, tierra sana;
Hay minas de oro, mantas, y hamacas.
Desde Cojegúa hasta los Caracas.

» Por la costa de quien memoria hago,
Atravesando culmen y eminencia,
De la sierra que tiene nada vago,
Porque poblada es por excelencia,
Damos en Tacarigua, que es un lago
De siete leguas de circunferencia,
Con islas dentro, do los infieles
Tienen jardines, huertas y verjeles.

» Si quereis que sus nombres os declare,
Pues la memoria dellas no se escapa,
Son Patenemo y Aniquipotare,
Ariquibano, Guayos, Tapatapa;
Con otras, que si alguno las hollare,
Podría mejorar su pobre capa
Con el oro que tienen naturales
En joyas y preseas principales.

» Aquesta crecidísima distancia,
Poblada de cristianos, se haría
Un reino de grandísima sustancia,
Dispuesto para toda granjería;
Paréceme negocio de importancia
Y digno de seguirse con porfia;
Si con sus circunstancias es aceto,
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,
Al Ordás dió grandísimo contento;
Y así sin responder cosa contraria,
En esto colocó su pensamiento:
Llegó con los navios pues a Paria;
Puso luego por orden el intento,
Sin quitar deste puerto todavía
La guarda de soldados que cumplía.

Estos soldados fueron fidedinos,
En las cosas de guerra muy añejos,
Prestos en los asaltos repentinos
A las agudas armas y consejos;
Y en este nuevo reino son vecinos
Algunos, aunque pocos é ya viejos,
Como Joan de Portillo, cabal hombre,
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuestos todos pues a la carrera,
Procuró de enviar incontinentemente
Al capitán Alonso de Herrera,
A Diamaima, puerto, con la gente;
Y él quiso caminar por la ribera
Con pocos, que serian como veinte,
Para que todos ellos se embarcasen
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso
De cumplir fielmente su concierto;
Mas con fuerza de tiempo fortunosos
Nunca pudo tomar el dicho puerto:
Corrió la costa bajo desgustoso,
No hallando reparamo cubierto,
Que Cumaná, do hizo su parada,
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebia
Se llevaba de aquesta pertenencia;
Y á causa de que cuando se cogia
El bárbaro hacia resistencia;
Había fuerza ya, de que tenía
Andrés de Villacorta la tenencia,
Y en esta fortaleza recogida
Gente de guarnicion bien proveida.

Estando pues como de los cabellos,
Deseando huir de sus aprietos,
La gente del Ordás holgó de vellos
Para comunicalles sus secretos;
Y así se rebelaron muchos dellos
Al Herrera, perdiendo los respetos;
Finalmente, que no por buenos modos
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua
Que formaban los que se vian fuera
De los angostos barcos y del agua,
No menos que forzados de galera:
Prendió luego justicia de Cubagua
Al capitán Alonso de Herrera;
Pero por ser bien quisto de soldados,
Soltáronlo, los impetus pasados.

Llegados á la playa deseada,
Ordás con el consorcio diligente,
Y conociendo todos que el armada
Arribó por aquel inconveniente,
Con boga de piraguas bien guiada
Luego fueron en busca de la gente;
A Cumaná llegó, do saltó luego,
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta via,
Ni sosegar fiel de justo peso,
Pero Ortiz de Matienzo, que regia,
Lo hizo dañador, y hizo lesos:
El cual, por aquel orden que quería,
A Castilla también lo llevo preso,
Y así se perturbó su buen intento
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba
Cubagua, por aquellas pretensiones
De los muchos esclavos que sacaba
Destas grandes provincias y regiones;
Y entonces y después abominaba
De quien tenía tales intenciones;
Y como causa fué que se estorbaba,
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte,
Con tantas ocasiones de tristura,
Enfermedad le dió de mal tan fuerte,
Y de tan poco fruto fué la cura,
Que le llegó la hora de la muerte,
Donde tuvo la mar por sepultura,
Y quien en aguas sepultó sin duelo,
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fué cortésano de gentil aviso,
Y en todas buenas partes de belleza;
Quien bien lo conoció dice que quiso
Esmerarse con él naturaleza:
Déle nuestro Señor su paraíso,
Que es la cabal y cierta gentileza,
Y el descanso de vida transitoria,
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados
Hubo, como ya dije, gran mudanza;
Pero los nobles mas alicionados
No dejaban de estar con esperanza,
Que después de sus pleitos acabados
Había de volver con mas pujanza,
Y como fidelísimos varones
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza
Muchos dellos á Paria se volvian
A sustentar aquella fortaleza
Entre tanto que del Ordás sabian;
Y muchos con trabajos y pobreza
Entre los de Cubagua residían,
Entreteniéndose por su partido
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,
Llegó con gente bien aderezada
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico
Para perseverar en su jornada,
Al Ordás publicando por inico
Por la razón atras conmemorada,
Y á su devocion trajo brevemente
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido
Diciendo que el Ordás era ya muerto,
Los unos lo tenían por fingido,
Otros lo publicaban por muy cierto:
Al fin Sedeño fué bien recibido.
De la mas noble gente deste puerto,
Con los cuales pasó mas adelante,
Y luego contaremos lo restante:

ELEGIA X.

Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.

CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razón sumaria
Pasándome por ellas por la posta;
Mas ya parece cosa necesaria
Que de tres no la demos muy angosta:
Aquestas nos demoran acia Paria,
Y en aquellos parajes de su costa;
Destas la Trinidad es la primera,
Y así será desde ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo
Y rencuentros en ella sucedidos,
La santa Trinidad en quien bien creo
Alumbre con su lumbré mis sentidos:
Para que cante yo como deseo
Hazañas de varones escogidos,
Las fértiles riberas desta tierra
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura
Gasté yo por allí mis ciertos años,
Virtud será poner en escritura
Vitorias de los nuestros, ó sus daños:
Comenzaremos pues por el altura
Y los que son allí sus alejados,
Para que por su parte se concorden
Mis versos, y procedan según orden.

Está la Trinidad en ocho grados,
La cual sabemos ser así llamada
De los tres altos montes y collados
Que la hicieron ser tan afamada;
Golfo de Paria tiene por sus lados,
Es de bocas del Drago rodeada,
Y de Cubagua dista tal asiento
Cuarenta leguas mas á barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones
De muchos alimentos abundosa,
Tiene zavasas, ríos, mar, ancones,
Y en muchas partes selva montuosa:
Son grandes y estendidas poblaciones
De gente por extremo belicosa;
Todos en general de buenos gestos,
Altos, fornidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente
Compite con caribes inhumanos,
De minas apariencia competente
Muestran así las sierras como llanos:
Es esta fértil isla finalmente
Buena para poblarse de cristianos,
Contiene dos provincias singulares
Camucuraos y otros chacomares